

LIBROS

«El precursor»: Un monólogo para seguir

Acaso para no pocos lectores, *El precursor*, tercera novela publicada hasta ahora de José María Vaz de Soto (1), signifique una desviación respecto a las dos anteriores: la primera, y sorprendente, *El infierno y la brisa* (2), y la segunda, de mayor eco público y menor complejidad narrativa *Diálogos del anochecer* (3).

Uno de los primeros motivos de este posible despiste es el tema. *Precursor* ¿de qué? El protagonista, Aristides, es más bien un «pos» que un «pre». Es una especie de noventayochista rezagado... Al título actual (sustituto de *Madrid 62: Monólogos para sobrevivir*, que la novela iba a ostentar en un principio) se fue un poco por razones editoriales y el propio autor ha señalado «que conviene entender más bien en un sentido irónico, aunque sin olvidar del todo la ambigüedad que pueda esconderse tras el disfraz de la ironía» (4).

En uso y abuso de esa ambigüedad y de esa ironía también podríamos ver a este Aristides como precursor, como «Bautista», de su hermano el «chino» Héctor, que junto al cura Horacio (otro hermano) aparece escasamente en la narración y siempre como elemento

que se contraponen para mejor delimitar, por vía de la negación, los perfiles del protagonista.

Porque esta es una novela con protagonista, de factura tradicional, lineal y de una sencillez narrativa infrecuente ahora, que la hace de fácil lectura, como las anteriores novelas de Vaz de Soto. Protagonista que llega a autoconsiderarse «un señorito romántico rezagado (¿rezagado o precursor?) que nunca había dado golpe. Los golpes se los habían dado a él; se los había dado la vida uno tras otro. (...) Golpes, no; era más bien una enorme losa que lo iba aplastando a uno lentamente...». Esta losa sería no externa (¿dónde están esos golpes?), sino quizá auto-generada por la ausencia de proyecto, por el «*tedium vitae*» continuo que domina a Aristides: «El aburrimiento es lo que impulsaba al hombre a la acción. Es lo que hace que se mueva continuamente, que continuamente cambie de postura. El temor de los hombres al aburrimiento lo explica casi todo. Mucho más que la ambición o que la envidia. Incluso más que la lucha de clases. El aburrimiento es la gran fuerza motriz, el verdadero motor de la historia, la dialéctica o lo que sea. La gran fuerza motriz, eso es una frase, la pondré en el diario».

La narración, en tercera y primera personas, va entrecruzada de párrafos del diario que lleva el protagonista, moteado de cierta pequeña filosofía existencial y donde en ocasiones manifiesta su nostalgia o necesidad de un Dios sobre el que duda. Su hermano, el marxista, le dirá: «Tú eres un cristiano descarriado y eso es todo. Lo único que te consolaría de haber nacido es saber que no vas a morir por completo, que vas a salvar tu miserable alma individualista y pequeño-burguesa. Tu razón te dice que eso es una fantasía, y entonces ya nada te importa, todo lo demás te parece insignificantes».

Voluntariamente fuera de todo, metido en su



José María Vaz de Soto.

concha, se niega a ver las razones de su hermano, se angustia ante la probabilidad de una paternidad no querida, se exaspera ante los pequeños afanes y vicisitudes de sus compañeros de pensión y recurre al diario como vacuna ante un suicidio en el que piensa más de una vez, pero al que nunca llegará. Este precursor seguirá su rueda egotista hasta un final, que no lo es, entre pequeñas dosis de ginebra, sexo y cines de sesión continua, sin plantearse otra salida. Sus ramalazos barojianos, perceptibles en más de una ocasión, no le llevan a imitar el fin del Andrés Hurtado de *El árbol de la Ciencia*, aquel que «tenía algo de precursor». Aristides seguirá siempre de espectador abúlico, sin cura; tal vez ni siquiera por «una revolución, un terremoto, una catástrofe», tres acontecimientos que veía igual de ajenos a él y ante los que ofrecía de antemano una mera voluntad de «voyeurs».

Aristides, representativo de cierto tipo universitario de los cincuenta, individualista, desorientado, entre compañeros más prepolíticos que apolíticos, no es representativo de su autor, que ha confesado «por lo que se refiere a la ideología explícita de los personajes, suelo exagerar un poco en lo negativo, lo contradictorio, lo incoherente; o lo que yo considero negati-

tivo, contradictorio e incoherente. Dicho de otra manera: tengo simpatía por mis personajes centrales, a los que siento afectiva e intelectualmente próximos, pero no suscribo todo lo que dicen. Esto desearía que quedase muy claro, sobre todo en lo que a esta novela se refiere».

Novela que podría haber sido de tres personajes (los tres hermanos), se ha quedado sólo en uno. Barruntado apenas el hermano sacerdote; usado como frontón de constraite el politizado. La obra es así acaso más expresiva de lo que era el mundo universitario de entonces. Es también representativa casi de un estilo de realismo al uso entonces, y no sólo por lo que en términos de cine llamaríamos un homenaje al Hortelano de *Nuevas amistades* en el episodio del aborto (o intento de)... Es asimismo como una purga y catarsis del propio autor, por lo que tiene de arrojar lastre de pasadas experiencias, de deseo de liquidación de residuos formales y mentales. Así se explicaría el hecho de que parezca una obra más vieja que las dos anteriores en la prometedorra carrera del autor, aunque preocupaciones o manías más recientes del autor nos muestren que está escrita o reescrita posteriormente (por ejemplo, esa inclinación a las consideraciones médicas del ca-

rácter: he contado dieciséis referencias en las doscientas ochenta y siete páginas llenas de la novela). Por este sentido de purga no es tan lógico insertar a esta obra entre las dos anteriores de Vaz de Soto (que ya tiene terminadas dos novelas más, continuación a su manera de *Diálogos del anochecer: Fabián y Sabas*): ¿esta sería la obra de la juventud; las otras, de la infancia y el comienzo de la madurez? Desde luego el prólogo colegial de «El infierno y la brisa» era válido para esta juventud y para otra cualquiera, pero aquel fermento contestatario que latía entre «la asneidad pueril, la burrería ambiente, la sacrosanta estulticia de los reverendos», explica más a Héctor, el hermano politizado, que termina huyendo a Roma para librarse de la cárcel, que al Aristides, a quien no sólo por sus resabios barojianos he llamado noventayochista rezagado y a quien podríamos aplicar la caracterización que dio Tuñón: «muchos de esos intelectuales se encierran aún en el estricto individualismo, su acción es, sobre todo, crítica, y su contenido, esteticista, con lo cual, si bien rompen con la estructura dominante, no se integran en la opuesta» (5)... El destino de este precursor parece fatalmente ser el de no pocos noventayochistas que, como señaló Blanco Aguinaga, «acabaron volviendo, cada uno a su modo, a recogerse en el seno de la sociedad establecida» (6). ■ VICTOR MARQUEZ REVIERGO.

«El espejo que soy me deshabita»

«El espejo que soy me deshabita»

Después de traducir tres de los siete libros publicados por el filósofo rumano de lengua francesa E. M. Cioran, Fernando Savater ha es-

(5) Manuel Tuñón de Lara. «Medio siglo de cultura española (1883-1936)», Tecnos, 1970.

(6) Carlos Blanco Aguinaga. «Juventud del 98», Siglo Veintiuno, 1970.

crito un *Ensayo* que presentó como tesis doctoral en la Universidad de Madrid, y que la Editorial Taurus edita en el número 130 de su colección *Ensayistas* (1).

Ensayo sobre Cioran (2) no pretende ser un estudio exhaustivo y sistemático, ni una recopilación de temas e ideas, ni un planteamiento científico sobre las características del pensamiento de Cioran. Desde las primeras páginas, Savater nos advierte que va a dedicarse a explorar el *desengaño*, a tornar en irrisión las certezas del *discurso pedagógico*, a hablar de un «pequeño foco de tinieblas, irreductible y perturbador», que se llama lucidez. O sea, que vamos a enfrentarnos a un reto: mediante el empleo de un instrumento ilusorio, irreal, ficticio por excelencia, la palabra, tendremos que «aprender» el *desapego*, el *desasimiento* de toda verdad adquirida, de toda sabiduría, la *superfluidad* de la escritura y de todo pensamiento que se pueda formular —siendo que su esencia está en lo indecible—.

En este reto al lector, Savater asume el desafío que el pensamiento mismo de Cioran le ha lanzado a él: «Toda palabra es una palabra de más...». Así, al aceptar abiertamente la convención del lenguaje, Savater se sitúa en el punto móvil en que Cioran sitúa el dinamismo destructor de su filosofía: la revelación de la inanidad del ser, de las razones que pretenden dar un sentido a la vida; revelación del azar, del vacío de las causas. Revelación que nada tiene que ver con la religión, sino con «aquello que desvanece los fundamentos más remotos y las causas primeras de todo lo que el verbo del mundo nos había enseñado», y que se presenta como «antídoto con-

(1) El título de esta nota está tomado del endecasílabo de Octavio Paz que cierra como corolario el estudio de Fernando Savater sobre Cioran.

(2) Fernando Savater. «Ensayo sobre Cioran», Taurus Ediciones, S. A. 1974. 167 páginas.

tra la manía pedagógica y contra la fascinación del espectáculo de lo que hay» (3).

El derecho a la lucidez es un reducto de la libertad que ninguna espada puede allanar; el desengaño es un logro del espíritu que contradice a toda institución. No es de extrañar, entonces, que el *Ensayo* de Savater haya sido rechazado en los medios académicos, así como es rechazado en el ámbito de las corrientes oficiales de la filosofía contemporánea el pensamiento de Cioran, anti-antropológico, anti-intelectual, irreverente, agresivo.

En su *Ensayo sobre Cioran*, Savater recorre el pensamiento del filósofo no para agotarlo, sino para volver a plantearse, a renovar las dudas, a poner (otra vez y nunca suficientemente) en tela de juicio las creencias que pretenden todavía ser sostén de lo ya insostenible: Dios, Historia, Hombre, Civilización. Recorrido conciso y claro, tenso, que se suma al estremecimiento cioraniano —a su furor— frente a la incurable estupidez del género humano, a su afán de consuelo y veneración, a su terco aferrarse a la esperanza, al deseo, al amor, a la plegaria, a la razón, a la ciencia, a todos los espejismos que le escamotean y retarden su inminente caída fuera

del tiempo. Desengañado, tampoco acepta el orden de un mundo que se pretende estable, justificado y moderadamente feliz a pesar de su visible estado de decadencia y putrefacción.

La afinidad de Savater con el pensamiento cioraniano no le impide, sin embargo, guardar su distancia y situarse objetivamente frente a él. En el epílogo, después de reconocerse un «faible» por **estructurar lo último** (mientras que en Cioran todo es escrutar, *mirada*), señala las características que hacen de Cioran un pensador aparte, inimitable, imposible de seguir como ejemplo: su humor y su estilo literario, «un estilo más atento a expresar lo indecible de su fondo... que a comunicar cualquier contenido elementalmente transmisible por informativo» (4). Un estilo que es rumor de carcajada, sonrisa cruel, sarcástica, desengañada y burlesca, «risa exterminadora» que, en efecto, ya no es escritura, pero sí lectura, liberación que se realiza en el lector.

Quizá cabría preguntarse (a manera de diálogo que quiere proseguirse, más allá de las páginas del *Ensayo*, con la obra original) si el desengaño, esa «pasión del alma lúcida», no tiene como **misión** (con todas las reservas que

pueden ponerse a este término dentro de una obra que no pretende ningún mensaje) en Cioran hostigar la conciencia del hombre para, primero, impedirle vivir y morir tranquilo, y, segundo, recordarle que posee una vocación de hombre, es decir, de ser «veillé» (no sólo despojado, sino despejado). Esta vocación, desde luego, nada tiene que ver con una afirmación de la vida, sino con un estado de provisionalidad que se presenta bajo dos aspectos complementarios: el exilio metafísico y la posibilidad del suicidio. Lúcido, sólo el desarraigado y el suicida en potencia asumen la tentación de existir como un provisional durable sin poner condiciones ni exigirle un sentido a la vida. Y en cuanto a la escritura, «la voz de la lucidez (que) tiende al silencio pero aún no es silencio» (5), ¿no es acaso la palabra dicha, la violación del silencio primordial, la suprema nostalgia de «reintegrarse a la luz de la pura anterioridad», la suprema rebeldía contra el inconveniente de haber nacido? **Máscara y confesión**, la obra de E. M. Cioran es la paradoja del aciago demiurgo que, hastiado, desengañado del impulso que le obligaba a crear, obedece, no obstante, al movimiento de la creación. ■ **ESTHER SELIGSON.**

Una Historia de la Rusia soviética

Durante los últimos años han ido apareciendo una serie de trabajos que aportan una documentación relativamente completa a la historia de la Revolución rusa y de los primeros años del Régimen soviético. Por su calidad literaria, informativa e incluso humana, destacan las obras de Isaac Deutscher, especialmente sus biografías de Trotsky y Stalin; también de este mismo carácter son la autobiografía de Trotsky y la obra de David Shub sobre Lenin. Existe además el trabajo de G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, cuyos volúmenes quinto y sexto («Comunismo y socialdemocracia») están dedicados a exponer y analizar el contenido de la ideología leninista. En el terreno económico han aparecido diversos documentos de algunos de los protagonistas de esta época, que se extiende desde la revolución de 1917 al primer plan quinquenal de 1929; así, la polémica de Bukharin y Preobazhensky sobre la acumulación de capital, y otros materiales sobre la planificación soviética, aparte del sucinto trabajo de Alec Nove acerca de la historia económica de la URSS. Sin duda, es importante la falta de trabajos de pri-

mera mano, como las obras de Lenin, Trotsky o Stalin. Estas llegan a veces al lector interesado por otros canales que los legalmente establecidos, pero no son accesibles, en general, y, sin embargo, a estas alturas constituyen, más que materiales de agitación, piezas básicas de la historiografía soviética y de los primeros años del movimiento revolucionario ruso, que si bien todavía sirven de base teórica al ideario del movimiento comunista, se encuentran ya básicamente despojadas de su dimensión revolucionaria directa, tanto a causa del tiempo transcurrido como por el hecho de que para el partido comunista soviético y para otros que no están en el poder son en la práctica documentos históricos y políticamente congelados en el mundo de la iconografía bibliográfica: hace ya mucho que Lenin fue enterrado, y no precisamente por el orden capitalista —para el que, por paradójico que parezca, sigue siendo un fantasma—, sino por el orden comunista, dentro y fuera de la Unión Soviética.

Por otra parte, existe una historia propiamente dicha de la Rusia soviética que, integrada inicialmente por ocho volúmenes, viene siendo publicada por la Editorial Alianza; se trata de la *Historia de la Rusia soviética*, de E. H. Carr, sin lugar a dudas el trabajo más documentado y riguroso que se ha publicado nunca sobre el tema y fuente de información necesaria para todo aquel que le interese el asunto. De esta obra han aparecido ya cuatro volúmenes, y sucesivamente aparecerán los correspondientes a las partes del **Socialismo en un solo país (1924-1926)** y los **Fundamentos de una economía planificada (1926-1929)**; estos últimos, escritos en colaboración con R. W. Davies, director del Centro de Estudios para Rusia y Europa Oriental de la Universidad de Birmingham. La realización de este trabajo se ha prolongado prácticamente durante un cuarto de si-

glo, lo cual da una idea de la exhaustividad con que se ha tratado del tema, que, en mi opinión, y por lo menos en lo que respecta al período que comprende (1917-1929), ha quedado, por así decirlo, agotado. No obstante, el propio Carr considera en el prefacio a uno de sus volúmenes que todavía queda bastante por hacer, especialmente en lo que se refiere a la política exterior, sobre la que existen infinidad de documentos procedentes de los archivos oficiales alemanes, soviéticos, ingleses, etcétera, «que tardarán más de una década en ser digeridos por los investigadores».

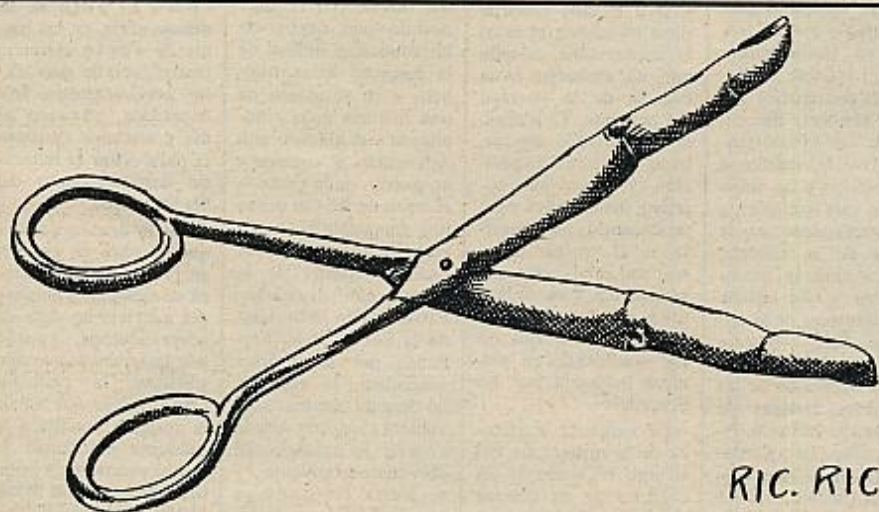
Metodológicamente, Carr avanza y retrocede sobre los diversos períodos históricos en función de cada uno de los aspectos considerados; ello da a veces al trabajo una cierta pesadez. Pero teniendo en cuenta la amplitud y detalle del mismo, parece difícil concebir otra posibilidad de abordar el tema.

Por otra parte, la obra tiene un carácter estrictamente histórico; es decir, ante todo documental y sólo secundariamente analítico. Desde el punto de vista informativo, Carr ha utilizado siempre que le ha sido posible materiales de primera mano para informarse. Aunque en este sentido el trabajo resulta intachable, incluso para los más exigentes, hay lagunas que el lector ha de tener en cuenta y que están provocadas en primer lugar por las dificultades que siempre han planteado las autoridades soviéticas (y desde luego otros países, a excepción de Alemania, cuyos archivos quedaron abiertos a los investigadores tras la segunda guerra mundial) y, en segundo lugar, por las distorsiones de numerosas fuentes de información, llevadas a efecto por motivos de índole ideológica y política: bajo el Régimen de Stalin, en la URSS, se practicó una verdadera reelaboración histórica, acoplando las realidades originales a las conveniencias del

(3) Ibid, página 59.

(4) Ibid, página 131.

(5) Ibid, página 142.



RIC. RIC.